

January 2017

El ser violento del colombiano

Eugenia Varela Sarmiento

Universidad de La Salle, euvarela@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Varela Sarmiento, E. (2017). El ser violento del colombiano. *Revista de la Universidad de La Salle*, (74), 115-122.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

El ser violento del colombiano:

una proyección que enmarca su identidad cultural y lo condiciona dentro de un no bienestar en su propio país



Eugenia Varela Sarmiento*

■ Resumen

La historia reconoce el pasado y el presente de Colombia como una nación donde se vive violencia; por ejemplo, en la década de los cuarenta y cincuenta del siglo XX el campo fue azotado por las confrontaciones de los partidos políticos Liberal y Conservador; y el producto de estas fueron las guerrillas rurales y urbanas (FARC, ELN, EPL, M-19) en los sesenta y setenta. Luego, la aparición del narcotráfico a fines de los ochenta y su continuación hasta nuestros días terminan por marcar al país como un lugar violento. En este sentido, ha surgido un discurso que describe a los colombianos como individuos que utilizamos la violencia como medio para sobrevivir, además de disfrutarla. La idea en este artículo es revisar una imagen que se ha proyectado al mundo y que ha contaminado la identidad del colombiano que pretende ser más agresiva

* Doctora en Literatura Francesa de la Universidad París VIII; magíster en Literatura Francesa y en Lenguas y Literatura Iberoamericana de la misma universidad. Profesora de tiempo completo de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: euwarela@unisalle.edu.co

que otras por su pasado violento. Existe una confusión entre el ser y el parecer que en *últimas* desdibuja una identidad y hace de esta *última* un holograma de algo que no existe.

Palabras clave: Colombia, violencia, identidad, cultura.

Hace 25 años, en Colombia pasaban muchas cosas que harían de este país lo que es hoy en día; todo lo que pasaba en aquel entonces sería una causa para lo que hoy en día vemos. En esa época Colombia era un país muy violento, el conflicto empezaba su momento más álgido, la década de los noventa, y se mezclaba la violencia rural con la urbana. El narcotráfico se involucraba con la guerrilla y los paramilitares, y se convertía en la forma de subsistencia económica de estos grupos armados. También se lanzó el proyecto de la constituyente en el cual se promulgaba una libertad de credo para los colombianos, una multiplicidad política que prometía acabar con el bipartidismo y un proceso mucho más ágil para la justicia. Todo esto enmarcaba un tiempo en el que la academia se preguntaba si la cultura colombiana era una cultura de la violencia.

Desde ese entonces, los colombianos nos preguntábamos si nosotros, nacidos en este territorio, poseíamos, heredábamos, aprendíamos o perpetuábamos una cultura de la violencia que no paraba y que no tenía cura, pues al parecer era nuestra por ser colombianos. Esta pregunta la formuló el diario *El Tiempo* a tres académicos: Myriam Jimeno, antropóloga; María Victoria Uribe, socióloga, y Jorge Orlando Melo, historiador, que en esa época respondieron de diferentes formas e involucraron el concepto de *identidad* a la pregunta. El editorial del 7 de abril de 1991 se titula "Colombia: violenta sin remedio"; el título es desesperanzador y vaticina otros tantos años de la misma violencia, tanta que la pregunta ya no es de dónde proviene la violencia sino: ¿es la naturaleza del colombiano violenta? El afán no era demostrar si somos una cultura de la violencia, sino qué podíamos hacer por las nuevas generaciones que se educaban y empezaban a crecer en aquel entonces, y que de una forma u otra estarían permeadas por la violencia. Lo paradójico de este artículo es que en el primer párrafo se refiere a que dentro de 25 años se verían las repercusiones de esta

violencia y se anticipa la dificultad para cambiar estos efectos de una causa común en la sociedad colombiana.

Es de resaltar que en el discurso del editorial escrito en 1991 se enuncia que la sociedad colombiana asume como identidad cultural la supuesta malicia indígena, la pericia por engañar y la habilidad de los mismos narcotraficantes para camuflar su mercancía, que se convierten en casi símbolos de identidad nacional. Es obvio que el problema es que se asuma esto como identidad, cuando en realidad asumirlo es una falta esta, puesto que aunque el deporte moviliza y la bandera identifica (seguimos en esta dinámica en la actualidad, con un patriotismo de 90 minutos), identificarse en realidades que cambian y fluctúan de manera constante no da un resultado en un futuro concreto.

De ahí que debemos rebuscar en el pasado cómo se nos concebía. Así, nos topamos con el discurso del ministro de Instrucción Pública de 1902, Antonio José Uribe, que ya en esa época, después de la Guerra de los Mil Días, determina una identidad de raza colombiana muy poco adherida a las grandes razas trabajadoras e industrializadas:

En nuestro *vicioso sistema de educación* se encuentra principalmente el origen de nuestro singular atraso industrial, y en mucha parte el de las guerras civiles. El desequilibrio social que se produce con la falta de obreros hábiles y *con el aumento creciente de letrados inútiles*, es causa del malestar en que vivimos, de la penuria en que nos hallamos y de la falsa noción de la vida que aquí se tiene, por lo cual todos nos encaminamos a las agitaciones políticas que, periódicamente, se desatan en luchas armadas [...] Si ante la dolorosa experiencia de lo que ha ocurrido, no hacemos voto formal de variar de rumbo, ya podemos estar seguros de que de aquella causa, como de fuente envenenada, seguirán brotando todos nuestros males, y de que, en cumplimiento de la inexorable ley de la selección de las razas, la nuestra, empeñada en vivir dentro de la atmósfera de la especulación política, tiene que desaparecer, por la concurrencia y la lucha de organismos más fuertes, que se robustecen con la savia del trabajo y de la industria. Es necesario convertir la República entera en un inmenso taller, pues sólo con el trabajo podremos curar las profundas dolencias que afligen a la sociedad colombiana. (Uribe, citado en Pinilla Díaz, 2003)

En este discurso se determina la sociedad colombiana como una raza que en la selección de estas sale perjudicada, pues es evidente que no somos los hábiles, sino los débiles. Ante esta idea racial, podemos volver al editorial de 1991 y continuar con una mirada de cultura de la violencia. Ya no es el concepto de *raza* el que ayuda a aclarar la violencia y el desorden en el que vivimos, sino el concepto de *cultura*. Entre uno y otro hay 90 años de procesos históricos que simplemente suavizaron el concepto de raza y lo transformaron en cultura. El ministro Uribe profetiza un mal porvenir si no cambiamos; estamos destinados a desaparecer. Lo particular es que él no se asume como parte de esa raza; por el contrario, en 1991 el tono usado por Uribe es de alguien que asume parte de la cultura de la violencia y se preocupa por el porvenir.

Diez años después del ya citado editorial nos encontramos con otro artículo del 12 de octubre de 2000, también del diario *El Tiempo*, titulado “Violentos por naturaleza”, escrito por Lía Santis. En este artículo se habla en sus primeras líneas de una reducción de los homicidios en comparación con los niveles impresionantes de comienzos de la década de los noventa. Aquí hacemos un salto temporal para nos referimos una vez más al editorial del 91. Si bien en este artículo de comienzos del siglo XXI se aplaude una baja en la violencia en Colombia, se vuelve al mismo discurso de si los colombianos somos o no violentos por naturaleza. En esta ocasión no se habla de cultura, ni de identidad, mucho menos de raza, pero sí de sociedad. Se habla de una naturaleza violenta enraizada a la sociedad colombiana. Esto sí que nos hace volver al discurso del ministro Uribe y su teoría de la selección de razas, ¿es la naturaleza una cuestión de raza?

La respuesta en el artículo a una violencia continua es que la desigualdad y la pobreza, la falta de educación y de oportunidades laborales, y las deficiencias en cuanto al capital humano son una mezcla en la que predomina la violencia. Sin embargo, Lía Santis aclara que no es correcto determinar a la sociedad colombiana como una sociedad violenta; la periodista asume a la sociedad colombiana como una víctima de múltiples actores violentos que han determinado el comportamiento de la sociedad. Además, determina a la sociedad colombiana de esa época como un todo agredido en la ciudad y en el campo, y afirma que

la unión del narcotráfico y de la guerrilla fue el evento macabro que dinamitó la sociedad colombiana. Esta última se dio en la década de los noventa.

Hasta ahora lo que hemos querido mostrar es cómo en Colombia se ha venido concibiendo con gran angustia por parte de periodistas, académicos y hasta políticos un devenir histórico violento que tiene sus respuestas objetivas y racionales en eventos que confluyen para dar lo que se vive y se ve en el país desde hace muchos años. No obstante, no hemos podido hasta ahora anudar el lazo entre los eventos y nuestro ser colombiano. Se le atribuye a la raza, a la cultura y a la naturaleza del colombiano esta violencia que no para, sin remedio. ¿Acaso no tiene remedio porque es una enfermedad con la que nacemos?, ¿es una enfermedad que se nos enseña a tener?, ¿es un mal que necesitamos para explicarnos a nosotros mismos y diferenciamos de los demás?

El interés de una explicación de la violencia a través de la concepción de una naturaleza, cultura o raza es una muestra de un afán de saber por qué tantos años de violencia no acaban de cansar a los colombianos. El conflicto armado que antes era rural y que permeó lo urbano solo se agrandó, creció, mas no cesó. Ante esto, las cuestiones van dirigidas a preguntarse qué tenemos los colombianos que no acabamos con la violencia, que la perpetuamos durante tanto tiempo y no solo la mantenemos, sino que además la acrecentamos. El mal de la violencia debe tener una respuesta en nosotros mismos. Raza, cultura o naturaleza son una forma de ver el contenido violento de nuestra historia y de nuestra sociedad, como un componente intrínseco de nosotros mismos. La culpa no es de nadie, sino de todos y cada uno como semilla de la violencia.

Al comienzo de este indicaba que hace 25 años sucedían eventos históricos en nuestro país que harían de este lo que es hoy en día. El 2 de octubre de 2016, 25 años después de la editorial del 91, Colombia se acercó a las urnas y votó por un NO a las negociaciones entre las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Gobierno nacional. La lectura de este evento fue múltiple y escandalosa, pues en un país de más de 60 años de guerra, que la sociedad no quiera un acuerdo con las guerrillas es paradójico y

sintomático. Es síntoma de la poca credibilidad de los colombianos en su Gobierno y de la división entre el campo y ciudades, pues fue en estas últimas donde ganó el NO y en el campo, que es donde más se sufre la violencia, ganó el Sí. Fue una muestra de egoísmo y falta de pensamiento colectivo que nos hizo una vez más preguntarnos si a nosotros los colombianos la violencia no nos cansa. Entonces, ¿sí está en nuestra raza, cultura o naturaleza el ser violentos?

En realidad dar respuesta a esta pregunta no explicaría lo que pasa en nuestro país, pues no nos ayudaría a vislumbrar un futuro mejor, sino a concebirnos a nosotros mismos. Si la respuesta es que efectivamente la violencia está en nuestra naturaleza, que es nuestra cultura y somos una raza violenta, la esperanza es mínima y no explica ni aclara lo que pasó, pasa y pasará en Colombia. Por el contrario, si se determina que no somos violentos por naturaleza, que no somos una raza violenta y nuestra cultura no es violenta, tampoco llegamos a nada. Al parecer, explicarnos a nosotros mismos y a nuestra conciencia histórica es el objetivo de estas preguntas que tras varias décadas nos han interesado. El discurso de si somos o no violentos no busca descubrir si es verdad o no, ni acabar con dicha violencia; busca descubrir quiénes somos. También es una buena forma de darle a la sociedad colombiana toda la responsabilidad de los desastres históricos de los Gobiernos que han precedido una y otra vez a este país violento, en los cuales sus gobernantes, igual que Uribe, no parecen estar dentro de esta masa social violenta; ellos están por fuera y lo que hacen es su trabajo, reformas educativas, plebiscitos por la paz, pero es la gente la que no cambia.

De esta forma, es interesante ver que aunque creemos ser violentos por raza, cultura o naturaleza, nos vendemos a nosotros mismos de esta forma. Mientras otros países venden su comida, su lujo, su humor, o no importa qué otro aspecto que los hace diferenciarse, nosotros creemos ser estigmatizados por violentos, narcotraficantes y demás pestes. Hay que reconocer que en los últimos años el poder de los medios ha hecho que creamos que somos muy felices dentro de tanta miseria y violencia; nos hemos creído la historia del país más alegre. El todo es diferenciarnos socialmente de los otros ciudadanos del mundo que tendrán otras características, pero nosotros buscamos afanosamente las nuestras, que nos pertenezcan solo a nosotros. Así que cuando el

papa Francisco vino el pasado septiembre a visitarnos, olvidamos lo más rápido posible la reforma constituyente de 1991, en la cual se promulga la libertad de credo, desempolvamos el cristo redentor y salimos como buenos católicos a saludarlo y a mostrarle que desde este año, 2017, somos el país donde la paz reinará, pues aunque el plebiscito obtuvo un rotundo NO, el Gobierno firmó el acuerdo con las guerrillas de las FARC y la violencia que nos estigmatiza desde hace tanto tiempo ya no nos señalará más. Todos salimos a ver al papa Francisco, Bogotá celebró el día cívico que promulgó el alcalde Peñalosa, por encima otra vez de la constituyente, pues cuando vienen otros líderes religiosos nunca se declara día cívico en ninguna ciudad.

Este último suceso, la visita del papa Francisco, nos recordó cómo nos ven otros países. El artículo de *El Mundo* de España (9 de septiembre de 2017), escrito por José Manuel Vidal, que se titula "Francisco, en la patria de los narcos", hace una comparación entre el santo pontífice y la santificación que en Medellín se ha hecho de Pablo Escobar. Aunque el artículo solo habla de esta ciudad del departamento de Antioquia y que fue la ciudad natal del famoso narcotraficante, el título del artículo hace creer que toda la visita del papa Francisco fue homenajeada por ciudadanos narcotraficantes. Si bien el artículo exalta la nueva paz de la que goza Medellín, su título presagia una lectura sobre un territorio todavía dominado por la violencia del narcotráfico.

¿Y qué más da? Que ahora se nos nombre narcotraficantes no es nuevo; sin embargo, el efecto negativo es que ahora se nos ha hecho creer que ya no somos narcos, que ya no somos tan violentos, que vivimos en un país al que el turismo mundial quiere llegar y que tenemos muchas más cosas que vender a la economía mundial, que solo cocaína. Lo que creemos de nuestro país, de nosotros, como individuos y como sociedad es lo que de verdad importa y esto último debería bastarnos; pero no, al colombiano le es imprescindible saber quién es como raza, cultura y sociedad. No somos los únicos y nuestro pasado debemos llevarlo a cuestas, es mejor si lo llevamos con conocimiento histórico más que con conocimiento de lo que nos dicen que debemos llevar. El hecho de habernos dado razones de raza, cultura y naturaleza para la violencia de nuestro país nos ha afectado como seres humanos; de verdad creemos tener

una identidad cultural violenta que se hereda genéticamente y territorialmente. Esa es la verdadera injusticia con la sociedad colombiana, culpabilizarla más allá de la razón y la lógica de todos los males que su país vivió, vive y vivirá.

Bibliografía

- Appelbaum, N. P., Roseblatt, K. A. y Macpherson, A. S. (2003). *Race and Nation in Modern Latin America*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Farge, A. (2008). *Lugares para la historia*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales.
- Green, W. J. (2000). Left liberalism and race in the evolution of colombian popular national identity. *The Americas*, 57(1), 95-124.
- Hall, S. (1997). The spectacle of the Other. En *Representation: Cultural representations and signifying practices*. Thousand Oaks, California: SAGE.
- Hall, S. (1997). The work of representation. En *Representation: Cultural representations and signifying practices*. Thousand Oaks, California: SAGE.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (1993). *The invention of tradition*. Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press.
- Nietzsche, F. (2010). *On the Use and Abuse of History for Life*. Recuperado de <http://johnstoniatexts.x10host.com/nietzsche/historyhtml.html>
- Pinilla Diaz, A. V. (2003). El compendio de historia de Henao y Arrubla y la difusión del imaginario nacional a comienzos del siglo XX. *Revista Colombiana de Educación*, (45), 90-107.
- Santis, L. (9 de octubre de 2000). Violentos por naturaleza. *El Tiempo*.
- Vidal, J. M. (9 de septiembre de 2017). Francisco, en la patria de los narcos. *El Mundo*.
- El Tiempo*. (7 de abril de 1991). Colombia: violenta sin remedio. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-56918>